

todas sus iniciativas, y energías desaparezcan.

Tanto equivaldría sostener ó pensar que las viejas naciones europeas, al nutrir moral y materialmente á las nuevas de otros continentes, habían decretado su propia consunción.

No, semejante ley no puede ni debe cumplirse, mucho menos tratándose de un pueblo que conserva la virilidad que hoy como ayer manifiesta el pueblo español.

Porque así lo creemos, juzgamos útil conmemorar los grandes hechos de su historia, entre los que merece lugar preeminente la gloriosa jornada de Bailén.

Mas antes de conmemorarla, debemos hacer constar que no pensamos renovar llagas que el tiempo y el progreso curaron, ni despertar odios que afortunadamente desaparecieron para jamás volver.

Las naciones no pueden ni deben ser en absoluto responsables de los desaciertos ó de las ambiciones de los hombres que las gobiernan.

Por lo tanto, á la Francia de hoy no pueden ni deben imputársele los actos de la Francia de ayer.

Esto dicho, vengamos al objeto esencial de este artículo.

El genio guerrero de Napoleón se había impuesto á Europa.

Marengo y Jena pregonaban su gloria y las águilas imperiales volaban de triunfo en triunfo, sin que á nación alguna le hubiera sido dado detener su vuelo.

Los soldados de Bonaparte habían penetrado en España, no por la fuerza de las armas, sino por la traición y el engaño de fuera, ayudados por la imbecilidad y la ambición de dentro.

El 9 de Julio de 1808, el intruso rey José había

dispuesto su proclamación en todos los puntos de la Península.

El 11 los Jefes del ejército de Andalucía, á cuyo frente se hallaba el general Castaños, se reunían en Porcuna y en un consejo de generales acordaban no sólo contrarrestar la marcha progresiva de los franceses, sino tomar á todo trance la ofensiva.

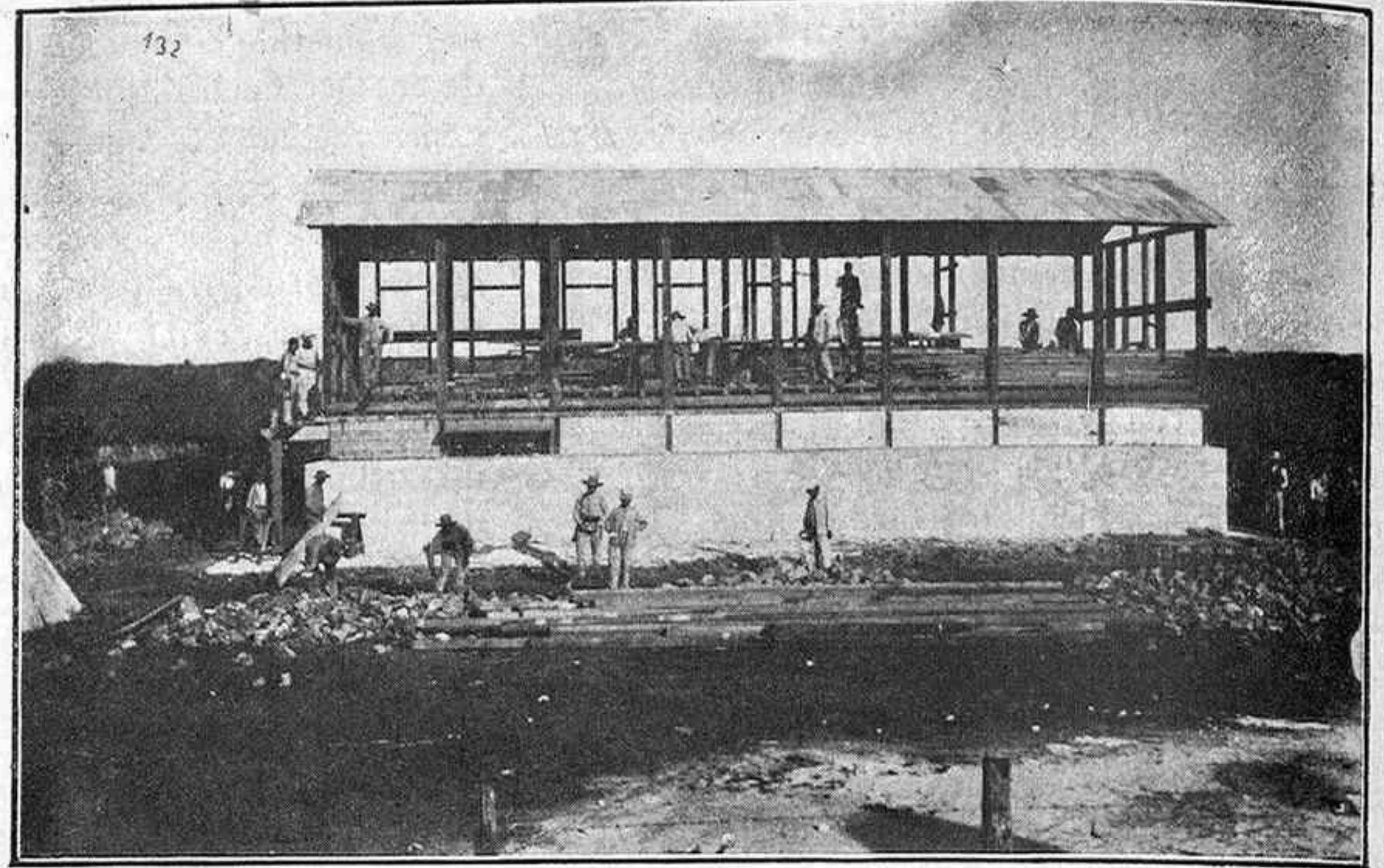
.....

Los momentos eran solemnes.

Veintisiete mil combatientes españoles, de los cuales 18.000 eran paisanos (1), iban á medir sus armas en campo raso con 21.000 soldados franceses, á quienes animaba el espíritu del capitán del siglo y fortalecía su hasta entonces no interrumpida marcha triunfal por Europa.

Pero desde el primer instante de la lucha, el Ejército español, si es que puede llamarse ejército á la masa de hombres que Reding y Coupigny acaudillaban, demostró á los vencedores de Marengo y Jena que *si no bastan los ejércitos para defender una nación, una nación defendida por el pueblo es invencible.*

(1) Llevaban diez días en filas.



Trocha de Júcaro á Morón.—Cuartel defensivo en construcción.

No vamos á relatar las alternativas y peripecias de la batalla, porque el relato sería una repetición de lo que plumas autorizadísimas tantas veces han narrado.

Para el objeto de este artículo, nos bastará consignar que, en la tarde del 19 de Julio de 1808 y tras reñidísima pelea, de los 21.000 hombres que mandaba el general francés Dupont, 2.000 yacían muertos, 3.000 heridos y el resto prisioneros.

España, la nación heroica por excelencia, había triunfado, y al triunfar, realizaba una nueva misión histórica que tal vez no ha sido aun perfectamente comprendida y apreciada.

Pues así como la invasión sarracena sirvió para que en nuestra Patria no arraigase el feudalismo y al no arraigar se debilitase el que sufrían otros pueblos, del mismo modo la rota de Bailén libró á Europa del yugo á que la soberbia y la ambición de un hombre querían someterla.

¿Cómo, pues, no hemos de considerar altamente provechoso recordar las sublimes epopeyas de nuestra Historia? ¿Cómo no hemos de tener fe y fe inquebrantable en los destinos de España?

La Historia nos enseña que tras cada peligro, tras cada crisis, el pueblo español ha realizado un progreso.

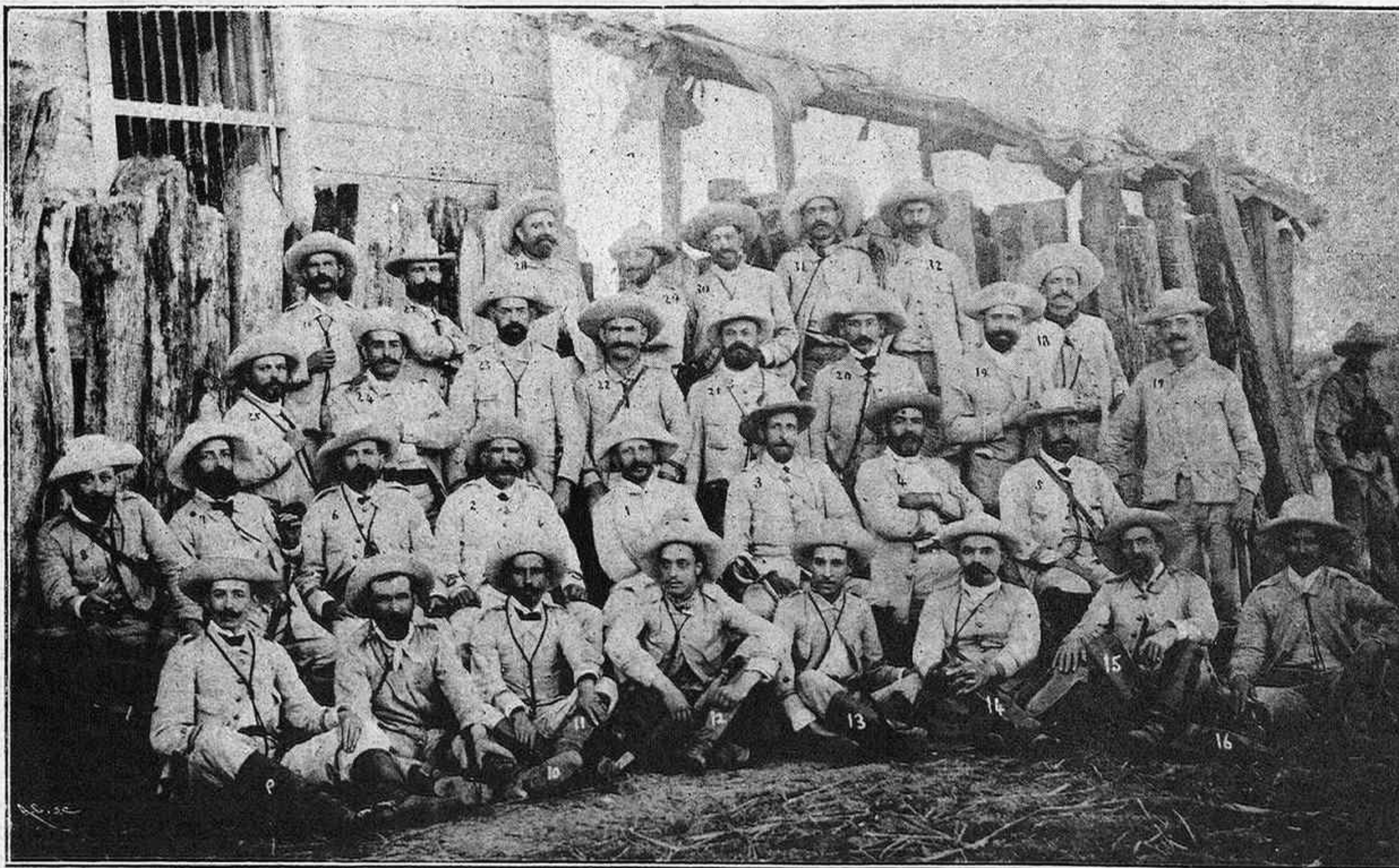
Después de la Reconquista vino el descubrimiento de América; después de la guerra de la Independencia el derrocamiento del poder absoluto; después de la última contienda civil peninsular el triunfo de la democracia.

Y nos preguntamos: después de la actual guerra de Cuba, ¿qué vendrá?

Pues vendrá lo que ya se vislumbra, lo que ya avanza, lo que ya se toca, la transformación de nuestros viejos organismos políticos que, preparando el advenimiento de una nueva generación, permitirá á ésta afianzar el porvenir realizando el engrandecimiento moral y material de España.

DANIEL COLLADO.

EJÉRCITO DE CUBA



Señores oficiales de la columna del comandante D. Enrique Ambel en Matanzas.

1. Comandante D. Enrique Ambel Cárdenas.—2. Id. D. Francisco Alvarez Rodríguez.—3. Capitán ayudante D. Augusto González de León.—4. Capitán D. Francisco Pérez Martínez.—5. Id. D. Salvador Martín Quiles.—6. Id. D. Pedro Marqués Baqués.—7. Id. D. Eduardo Sánchez Gómez.—8. Id. D. Bernabé Rubira Mateo.—9. Segundo teniente D. Sergio Maestro de Hijosa.—10. Id. D. Domingo Gravelosa Vidal.—11. Id. D. Jesús García Fariñas.—12. Id. D. Abelardo Grajera Benito.—13. Id. D. Miguel Hernández Sepena.—14. Idem D. Antonio Pérez Martínez.—15. Id. D. Matías Medrano García.—16. Id. D. Valentín Cortés Cantín.—17. Id. D. Antonio Riguelme Gavera.—18. Primer teniente D. Isidro García Sánchez.—19. Segundo teniente D. Cesáreo Martín Poyo.—20. Id. D. Constantino Hernández Cruz.—21. Id. D. Felipe Valera Casado.—22. Id. D. Braulio Huante Uricelquí.—23. Id. D. Emilio Díez Rodríguez.—24. Idem D. Nicolás Lari Areny.—25. Id. D. Jaime Faloris Villalonga.—26. Id. D. Claudio Castaño Villar.—27. Segundo médico D. Sueiras Olave.—28. Segundo teniente abanderado D. Gabino Sánchez de la Torre.—29. Segundo teniente D. Juan de Mora Pérez.—30. Idem D. Manuel Castresana Aldama.—31. Primer teniente D. Joaquín Alcaine Oliete.—32. Segundo teniente D. Ramón Fernández Cartelo.